

pedida, le añadió: «Ya veis que el sabio de nada necesita.»

Aquí llegaban, cuando entraron algunos jóvenes. Dejaron la mesa para bailar, porque el baile es uno de los mas grandes placeres de los Atenienses.

El poeta Cleomenes tomó la lira, y cantó sus versos bailando. Vino despues á descansar junto á mí, y le pregunté si se terminaban todos los festines con este ejercicio. — «Sí, me dijo, los Griegos son de todos los pueblos de la tierra los que gustan mas de la danza; es entre nosotros una parte de la gimnástica: aun los médicos la ordenan en muchas enfermedades: es cosa de todas las edades y condiciones, y anima las fiestas y los banquetes. Anacreon, el padre del placer, decia en su vejez, que estaba siempre dispuesto á danzar. El anciano Socrates ha bailado, inspirado por Aspasia. Todos nuestros filósofos hacen el elogio del baile (a). En todas las fiestas, despues de haber cantado las alabanzas de la divinidad que se quiere honrar, se ejecutan bailes que representan los rasgos mas bellos de su vida. Bailanse el triunfo de Baco, las bodas de Vulcano, y las de Pales: muchachas, coronadas de flores y

(a) Aristoteles, Ateneo, Xenofonte, Plutarco y Luciano han elogiado el baile.

adornadas con vestidos elegantes y con sus atractivos, bailan los amores de Diana y Endimion, la huida de Dafné, el juicio de Paris, y el rapto de Europa á quien el Amor lleva sobre las ondas.»

Volviéron despues á la mesa, y sirviéron varios postres para escitar el apetito, y aceitunas y vino. Al acabar, hicimos nuestras libaciones, y bebimos en honor de Jupiter Salvador (2).

Habia yo estado atento á los discursos de Aristipo. Hablaba con tanta erudicion y gracia, y su filosofía era tan adaptada á la debilidad y naturaleza del corazon humano, que imponia silencio y atencion.

CAPITULO IV.

Enamorase Antenor de Lastenia. Sus conversaciones y correrías con ella.

PERO la bella Lastenia atrajo á ratos mis ojos ácia su persona. Mezclóse poco en la conversacion; pero su acento era tan puro, su voz tan persuasiva y lisonjera, y tal su espresion cuando hablaba, que para mí fué un pesar la sobriedad de sus palabras. Separéme de ella llevandome su imagen impresa en el corazon.

Por una casualidad feliz la encontré al dia siguiente por la mañana en el Partenon (3).

¿Vendréis, me preguntó, á admirar nuestras obras magistrales? — En cuanto le es posible, Lastenia, á un extranjero conocer las bellezas de un arte en que no está iniciado. — Pues yo, Antenor, quiero serviros de guía ó de mistágo (a).

Empecemos por la estatua de Minerva, que es obra de Fidias: su altura es de treinta y seis codos. Está en pié, cubierta con su égide y con una túnica blanca. En una mano tiene su lanza, y en otra una victoria de cuatro codos de alto; y su casco remata en un esfinge. — Me parece, Lastenia, que veo muchos bajos relieves. — Estan primorosamente trabajados, Antenor: las partes visibles del cuerpo son de marfil, esceptuando los ojos donde el iris está figurado por una piedra particular. Se gastáron en esta obra cerca de tres millones de oro. Examinadla atentamente. ¡Que magestad! ¡que carácter tan sublime! ¡que aire de cabeza! Respira la Diosa, é impone veneracion. La lámpara de oro, que tiene delante, arde todo el año, y solo una vez se le echa aceite: la mecha es de amianto, que nunca se consume. Os sorprende la altura de esta Minerva; pero mas lo quedaréis cuando

(a) Dice Ciceron, que los mistágoos eran los que mostraban los tesoros y demas particularidades de los templos de los Dioses.

veáis en Olimpia al Jupiter del mismo artifice y de la materia misma.

Al salir del Partenon, me ofreció Lastenia llevarme al Pecilo, llamado asi, dijo ella, á causa de la variedad de sus cuadros pintados por Micon y Polignoto, dos de nuestros mas grandes pintores, que fuéron los primeros que empleáron cuatro colores. Es un pórtico abierto, y uno de los mas bellos monumentos de Atenas. El frente está adornado con muchísimas estatuas, y entre otras la de Solon, aquel gran legislador, aquel sabio, que decia: « Dejemos á los otros mortales la riqueza, y quedemos con la virtud. » — Ya que estuvimos entre ellas, me dijo: Mirad aquel segundo cuadro, que es la famosa obra maestra de la toma de Troya. Ya veis los Griegos juntos en consejo, tratando del atentado de Ajax contra Casandra, hija de Priamo. He allí al osado Ajax. En aquel grupo de cautivas se distingue á la desventurada Casandra. ¿Que objeto os fija mas la atencion? — Casandra. — Y con razon. — Polignoto cogió el momento en que acaba de ser violada por Ajax en el templo de Minerva. Un velo cubre parte de su rostro; pero se la vé, al través, el rubor de su frente y todos los síntomas del pudor ultrajado. Los Atenienses estan enamorados de aquella figura, y nada admiran tanto como la inteligencia con

que el artifice venció la dificultad de tal asunto.

Al lado de la toma de Troya ví la batalla de Maraton, del mismo pintor. Leí en el cuadro, en letras mayúsculas, los nombres de todos los guerreros principales, menos el de Milciades. — ¿Pues como no está Milciades, pregunté admirado, á la cabeza de esta lista? — Por no estarlo será mas famoso, respondió Lastenia; pero Polignoto le omitió, por no mortificar el amor propio de los Atenien-ses (a).

Desde el Pecilo pasámos á ver la Venus de Gnido de Praxiteles. Esta célebre estatua, me dijo Lastenia, es retrato de la famosa Frine, que fué una de las mas hermosas mugeres de la Grecia. Dicho artifice, despues de haber estudiado muchas actitudes, abrazó la en que está, porque la juzgó mas favorable para que luciera todo el garbo de su talle, y todas las perfecciones de su persona. ¡Que obra tan grande! Parece que se mueve, que se anima, y que habla; y llega á tanto la ilusion, que muchísimos aficionados acaban por aplicar sus labios sobre los de la Diosa (4).

(a) *Sed præfulgebant Cassius atque Brutus, eo ipso quod effigies eorum non videbantur.* Hay no obstante autores, y entre otros Pausanias, que dicen que Milciades no quedó olvidado.

Ya que hubimos admirado bastante aquella estatua grandiosa, me dijo Lastenia que iba á pasearse segun su costumbre. Un aire puro, añadió, alamedas deliciosas, y un ejercicio moderado, facilitan el juego de los resortes, y dan al alma nueva expansion, y aun la dan virtudes, si hemos de creer á Socrates y á Aristipo. — « ¿Es dudable, preguntan ellos, que el alma no haga sus funciones mas noble y fácilmente en un cuerpo bien dispuesto, que en otro enclenque y cacoquimio? » — El ejercicio pues es quien da esta disposicion feliz. — Pedí permiso á Lastenia para acompañarla. — Con mucho gusto mio, Antenor; y pasaremos por el Ceramico (5). Vamos á reverenciar allí los restos de un hombre grande, y á esparcir algunas flores sobre su tumba. Llegámos en efecto, y ella se acercó á un sepulcro de mármol, donde leí esta inscripcion: « *Esta tierra cubre el cuerpo de Platon. El cielo contiene su alma. Hombre, cualquiera que fueres, venera sus virtudes, si eres honrado.* »

Despues de habernos casi prosternado ante las cenizas de aquel bello ingenio, fuimos á sentarnos bajo los plátanos arrogantes que bordan el Iliso. No sé si la serenidad del cielo, la dulce temperatura del aire, ó el silencio de la soledad, fué lo que dispuso nuestras almas á la confianza, ó si nos arrastró alguna feliz simpatía; pero lo cierto es que así que

estuvimos bajo la sombra de los plátanos, y que vimos correr á nuestros piés el agua pura y límpida del río, animó nuestra conversacion una dulce tranquilidad. El sobrehumano Platon fué el objeto. — Es un filósofo á quien amo, me dijo Lastenia : ¡ que espresion tan florida! ¡ que aticismo! por eso le llaman la abeja del Atica, ó el Homero de los filósofos. Continuamente pulia sus obras; y, cuando murió, halláron correcciones sobre sus tablillas. Llamase su escuela la Academia. Viajó mucho. Cuentase de él una singularidad que pinta bien su modestia. A su vuelta de Sicilia, pasó por Olimpia para ver los juegos. Alojáronle con unos estrangeros de respeto, á quienes ocultó su nombre. Caminó con ellos hasta Atenas, y los hospedó en su misma casa. Suplicáronle que los llevase á la de Platon. — « Aquí le teneis, » les dijo mostrándose. — ¡ Juzgad de lo sorprendidos que quedarían (6)! Pasaba un día por Agrigento, cuyos habitantes eran dados al lujo de la mesa y de los edificios. « Los Agrigentinos, dijo entónces, fabrican como si hubiesen siempre de vivir, y comen como si comieran por la última vez. » Dijole uno que todo el mundo maldecia de él. — « Dejadlos decir, replicó, que yo viviré de manera que los haré mudar de lenguaje. » No quiso dejar su casa por huir de una epidemia que reinaba en su

barrio, diciendo que aun cuando supiera prolongar su vida, no iria á vivir sobre el monte Atos. — ¿ Aprobais su filosofia? — No, Lastenia, porque me parece muy exagerada. Su imaginacion ardiente y poética ha creado un mundo ininteligible, y ha querido establecer una forma de felicidad, que solo puede convenir á los espíritus de este mundo imaginario. Mucho mas razonable le encuentro, cuando habla de los deleites, del dolor, del desprecio de las riquezas, y cuando nos recomienda el amor á los hombres y á la honradez, y cuando nos anuncia las recompensas destinadas despues de la muerte á los buenos, y los suplicios reservados á los malos. Dicese que su virtud ha sido amancillada por una debilidad. Tenia zelos de Xenofonte, el cual, rival suyo en genio y en talentos, tenia sobre él la gloria militar.

Empeñóme mucho lo atractivo de la conversacion de Lastenia. — Platon, la dije, á pesar de lo grave de sus costumbres, sentia una secreta inclinacion ácia las mugeres. Le sospechan de haber sacrificado algunas veces al amor. — La calumnia, Antenor, es un gusano que pica siempre las mejores frutas. Dicese que Axiotes, muger de talento, se disfrazaba de hombre para ir á oírle: otras mugeres la imitaron, y con este motivo esparció la envidia rumores injuriosos. Pero, no obs-

tante, lo que da á sospechar que no hallaba immoralidad alguna en los placeres del amor, es su sistema de union entre ámbos sexos en su República.

Quiere que en una fiesta se junten los guerreros y las jóvenes; que los magistrados pongan los nombres de unos y de otras separadamente en dos urnas, y que aquellos cuyos nombres salgan en cada sorteo queden unidos por algunos dias; que los hijos que nazcan de tales matrimonios efimeros les sean inmediatamente quitados; que queden confundidos entre ellos, y que las madres den su leche al primero que las presenten; y que luego que los dos amantes hayan satisfecho los deseos de la patria, se separen y vivan libres, hasta que los magistrados vuelvan á llamarlos para otro nuevo concurso. De manera que las mugeres podian pertenecer sucesivamente á muchos guerreros. Este plan estravagante es el descarrío de una imaginacion exaltada, y dudo que nunca se adopte (7).

Lo que sí pudiera todavía suscitar algunas dudas sobre el amor desinteresado de aquel bello ingenio, son los ternísimos versos que compuso para Agatis. Dicen así:

Cuando Agatis consiente, cariñosa,
En pagarme los males que he sufrido,
Se me asoma á los labios toda el alma
Para pasarse á los del dueño mio.

En aquel momento llegó Aristipo, que venia de la casa de campo de Anaxoras, adonde fué para anunciarle la muerte de su hijo. « Asi que le di esta nueva, dijo Aristipo, me respondió friamente: *Ya sabia yo que le habia engendrado mortal.* » Alabó Aristipo la respuesta, porque hallaba en ella estoicismo y valor; pero no la alabó Lastenia, porque la creia falta de sensibilidad. Para terminar la disputa, le dió Lastenia parte de nuestra conversacion sobre Platon. — Le he conocido, dijo Aristipo: era de alta estatura, de anchas espaldas, de frente espaciosa, y de poco pelo. Su exterior era agradable y respetoso, por la modestia, gravedad y nobleza de su porte. Lo sublime de su ingenio, sus conocimientos generales, lo benigno de su carácter, y lo chistoso de su conversacion, estendiéron su nombre por toda la Grecia. Decian que era hijo de Apolo; y tambien que estando su madre Perictionea sobre el monte Himeto, sacrificando á las Musas con Ariston su marido, depositó al niño Platon entre unos mirtos, y que volviendo despues le encontró rodeado de un enjambre de abejas, unas revoloteando sobre su cabeza, y otras untandole los labios con miel.

Añaden que Sócrates vió en sueños que un cisne se escapó del altar del amor, se paró sobre las rodillas del niño Platon, echó á volar otra

vez, y encantó con la suavidad de sus gorgeos á los hombres y á los Dioses. Murió de ochenta y un años, el mismo día de su nacimiento. Habíanle convidado á una comida de boda. No comió mas que aceitunas, porque era estremadamente sobrio. Enamoró á todos los convidados con su alegría y con sus chistes. Lejos estaban de prever la catástrofe de aquella fiesta. Acometióle un desmayo al acabar la comida. Diéronse prisa á suministrarle toda suerte de socorros, pero en vano; espiró en los brazos de sus amigos. Fué inclinado á la melancolía, como Sócrates y Empedocles. Si este es el fruto de la sabiduría y de la ciencia, convengamonos en que es mal empleado el trabajo de cultivar el árbol que lo lleva.

En cuanto á la moral de Platon, él siguió la de Sócrates, su maestro, que ciertamente no es la mia. Estos sabios desprecian los deleites, y yo defiendo que son el colmo de la felicidad, cuando los sazonan e' entendimiento y la delicadeza. Los preceptos de Zenon, y los de todos aquellos elevados profesores de sabiduría, me causan lástima. Para las aflicciones nos recetan la lectura de libros serios, cargados de moral. Nos alegan, para consolarnos, la necesidad del mal, la fatalidad, y lo desgraciado de la condicion humana. Es burlarse el querer suavizar un mal con la idea de que somos miserables. He conocido á uno

que, cuando se hallaba pesaroso, recurria á los licores agradables: raciocinaba aquel hombre como buen fisico. El alma unida al cuerpo está incesantemente tiranizada por él. Si el movimiento de la sangre es sobrado lento, si los espíritus no estan bastante purificados, ó si la cantidad es insuficiente, caemos en abatimiento y tristeza; pero si con bebidas cambiamos aquella disposicion del cuerpo, recibe nuestra alma impresiones nuevas, y recobra, digamoslo asi, su movimiento y su vida. El grave Platon conocia el precio de la alegría; porque, el día que murió, le halláron bajo su almohada una coleccion de chistes.— Mas ya es tiempo de que os deje: voy á comer á casa de Xenofanes, que opina que la luna está habitada, y que sobre la tierra la suma de los bienes es mayor que la de los males: en lo que no convenimos, porque creo que los Dioses habian bebido néctar con un poco de esceso, cuando concibiéron el capricho de arreglar este globo terraqueo.

Ya que estuvo distante, dije á Lastenia: «Allá va el hombre mas amable y mas feliz de Atenas.»— El mas amable, os lo confieso, Antenor: es el encantador de las mugeres, y tanto mas peligroso cuanto que nunca perturba su presencia de espíritu el amotinamiento de las pasiones. En cuanto á su felicidad, la juzgo problemática. ¿Os acordais de

lo que se le escapó ayer, hablando de aquella aldeana que quiso: «Bebia en la copa del placer sin pasion y sin temer la embriaguez?» Pues tambien en otra ocasion dijo de Lais: *Yo la poseia, sin que me poseyese.* Quiero decir con esto, que él nunca ha tenido otro modo de amar y de sentir. Tiene el corazon en la cabeza. Medita sobre lo que goza, en el mismo acto de gozar. ¿Es felicidad eso? ¿puede haberla sin las dulces ilusiones de la amistad ó del amor? Siempre ha vivido con sosiego amando, y jamas ha conocido las inquietudes de los zelos, que son la verdadera prueba del amor. Dijéronle un dia que Lais, con quien él vivia, no le amaba. «Tampoco pienso, replicó, que me aman los peces, y sin embargo los como con mucho gusto.» Advirtióle un amigo suyo secretamente, que la misma le era muchas veces infiel. «Si la pago, repuso, no es para que otros no la disfruten, sino para disfrutarla yo.» Diogenes le reprendió el que viviese con una ramera pública, pero él le dijo: «¿Te parece absurdo que habite yo una casa que otros han alquilado?» Pues no es mas activo en la amistad, la cual segun él es una palabra sin significacion. «Los locos y los necios, dice, la buscan por miras interesadas; y los sabios se contentan consigo mismos, sin cuidarse de los demas.» Con igual ligereza trata del amor de la patria.

Segun él, es una inconsecuencia y un absurdo aventurar el descanso y la vida por un monton de ignorantes é insensatos. Frecuentemente suele decir que es estrangero en todas partes; al contrario de Socrates, quien decia que era ciudadano del universo. — En aquel mismo instante divisámos á lo lejos dos personas echadas bajo un plátano. Luego que pudimos distinguir las, exclamó Lastenia: «¿Huyamos, huyamos, que es Crates!» La celebridad de aquel nombre me paró, como tambien á otras personas; y vimos á Crates y á Hiparquia su muger, que se olvidaban de que tenian espectadores. Reímos mucho de aquella distraccion ó de aquel cinismo. Entónces se puso Crates en pié, y ví un hombrillo feo, jorobado, sucio, y cubierto de andrajos, que nos apostrofó en estos términos: «¿Que decis? ¿por que reis tan neciamente? ¿no comeis delante de testigos? ¿os ocultais para plantar un árbol? Andad, pobres hombres, que yo soy quien debo reirme de vuestra imbecilidad. No hay mas mal que el que se hace á los hombres.» Mientras esta arenga, se compuso Hiparquia, se levantó, nos hizo un saludo, y partió con su esposo querido.

CAPITULO V.

Historia de Hiparquia y de Crates. Retrato de Lastenia.

CONTÉ-á Lastenia lo que nos habia dicho Crates. Bien conocido es, me replicó : es, con Diogenes el cínico, el mas desvergonzado de su secta. — Ese cinismo, Lastenia, me sorprende menos en un hombre ; ¡pero su muger!.... — Es mas loca que el marido, continuó Lastenia. Tiene habilidades, talento, erudicion y hermosura ; pero su amor á la filosofía ha exaltado su imaginacion. Iba á menudo á oír á Crates ; y seducida por su elocuencia y por sus sofismas, se determinó á casarse con él, prefiriendole á los partidos mas sobresalientes de Atenas. Representáronla sus padres lo indigno y bajo de su eleccion. Respondióles que no podria hallar marido mas hermoso ni mas rico, y que se daria de puñaladas si se le rehusaban. Desesperados los padres, recurrieron al mismo Crates, quien prometió esforzarse á disuadirla y á disgustarla de él. — Pusosele delante desnudo : « Ved aquí, la dijo, el monote que tanto deseais, con su joroba y con su ridicula figura. » Luego la mostró su báculo y sus alforjas, añá-

diendola : « He aquí todas mis riquezas. Pensadlo bien ; porque si os quereis casar conmigo, es preciso resolveros á participar de mi miseria, y á llevar la vida de la secta cínica. » — La respuesta de Hiparquia fué abrazarle, llamandole su esposo. El casamiento se celebró públicamente bajo el pórtico. Vistióse ella de andrajos, y se abandonó seguidamente al mas asqueroso cinismo. Pero Crates tiene mérito y filosofía. Para darse totalmente al estudio, dicen unos que arrojó su dinero al mar, exclamando : *Ya soy libre*. Y aseguran otros, que lo depositó en casa de un banquero, con órden de que se lo entregasen á sus hijos, si eran ignorantes y estólidos, ó bien que lo diesen al público, si eran filósofos, porque entónces no necesitarian de riquezas (8). Preguntáronle una vez ¿ de que aprovechaba la filosofía ? « Aprovecha, respondió, para contentarse con legumbres, y para vivir esentos de cuidados y de inquietudes. » En todo es singular. Se abriga mucho en el verano, y se desabriga en el invierno. Su desaseo es repugnante. Se viste con pieles de carnero no preparadas ; lo cual junto con su fealdad le constituye una especie de monstruo.

Acompañé á Lastenia hasta su casa. ¡Cuanto me costaba ya dejarla ! ¡cuanto aumentaba su belleza el atractivo de su conversacion ! Atormentada mi alma con una actividad nueva,

como que sentia nuevas necesidades, y aspiraba á otra existencia. Pero voy á daros á conocer la amable Lastenia, haciendo su retrato fiel, porque si pretendiera hermosearlo, la desfiguraria.

La afición á la filosofía y al estudio la trajo á Atenas, á la edad de veinte años, donde frecuentó mucho las escuelas, é hizo amistad con Aristipo.

Aunque algo irregular en sus facciones, tenia linda tez, mucha frescura, frente pequeña, labios encarnados, y bellos dientes; y con esto era, segun la opinion comun, la mas hermosa muger de la ciudad. Su fisonomía era noble, modesta y penetrante, y su talle magestuoso. Era muger de talento profundo y luminoso, pero solamente lo mostraba en alguna conversacion importante, ó con la pluma en la mano. Dijéronla un dia, que su juicio era superior á su talento, y esta alabanza la lisonjeó mucho. Gustaba de lo verdadero y de lo natural en todas las cosas. Era sagacisima y de fino gusto en conocer las bellezas y defectos de cualquiera obra, y en distinguir la bachillería de un sofista de la sana lógica de un sabio.

Los átomos de Democrito y de Epicuro, los números de Pitagoras, y las ideas de Zenon sobre Dios, y sobre el mundo á quien tenia por un animal perfecto, eran el objeto

de sus burlas. Socrates y Aristipo la parecian los filósofos mas razonables.

Aunque instruidísima, no tenia los caprichos ni el humor que se atribuye á los literatos, los cuales ya se entregan á una locuacidad importuna, ó ya se encierran en un silencio despreciador. Lastenia hablaba poco y escuchaba mucho, y citaba con frecuencia la máxima de Zenon: *Que la naturaleza nos ha dado dos orejas y una sola boca, para enseñarnos que debemos oír mas que hablar.* Y añadía: *El silencio es el ornamento de las mugeres.* Gustaba de decir cosas lisonjeras, y escuchaba con indulgencia á los tontos, cosa rara entre las personas de talento. Era tan bienhechora que, con tal que hubiese hecho algun bien, no consideraba el dia perdido. « El gozo de hacer bien, decia, es mas dulce y mas íntimo que el de recibirlo. Conviene menudearlo, porque es un placer que no se gasta. Mientras mas un individuo lo disfruta, mas digno se hace de disfrutarlo. Acostumbrase el hombre á su prosperidad, y aun llega á ser insensible á ella; pero la complacencia de ser autor de la prosperidad de otro siempre dura. »

Decíame un dia: « No tengo los vastos pensamientos de los filósofos, ni esa sensibilidad que abraza no solo á todos los individuos de la patria, sino á todo el género humano. No,

yo no estravió mi alma en esta vasta estension: concentro en derredor de mí mis pensamientos y mis afectos; existo mas en mí misma y en los objetos que me inspiran aficion. Creo las virtudes y la sensibilidad de mi sexo mucho mas cerca de la naturaleza, que el entusiasmo y los sentimientos exagerados de los hombres por la patria y por la gloria.»

El amor á las riquezas era una pasion que su alma no conocia. Un hombre rico que necesitaba de su crédito, la envió cierto dia dos jarros de oro, de un trabajo esquisito; pero ella se los devolvió llenos de escelente vino, y con recado de que todo el que le quedaba estaba á su disposicion.

Sus inclinaciones eran tan sencillas como su alma. Amaba con pasion el campo y las flores. Todo su adorno se reducía á un aseo estremado. En los libros queria perspicacia, pureza de estilo, nobleza, ideas profundas, y mas verdad que imaginacion. Un dia arrojó uno encolerizada, diciendo: «Todo él es ingenio.» Amaba la pintura, la música y el baile; pero especialmente la poesia, á la cual llamaba la música del alma.

Veíase en su biblioteca, al lado de Euclides, Democrito y Platon, Hesiodo, Anacreon, Homero, Euripides y Sofocles. La lectura, decia frecuentemente, es para con el genio lo que son á las plantas los rayos del sol. Pregun-

táronla; como podia reunir los placeres y las obligaciones de la sociedad al tiempo que empleaba en el estudio? y respondió: «Tres cosas arrojan por la ventana las mugeres de Atenas, que son el tiempo, la salud y el dinero. Yo soy muy económica de estas tres cosas; pero, en cuanto al tiempo, me gobierno como aquellos que tienen medianos bienes, y que por medio de una economía interior se ponen al nivel de los mas opulentos.»

Tal era la amable Lastenia, cuya memoria no ha padecido alteracion en mí despues de treinta años que hace que los Dioses nos la han arrebatado.

CAPITULO VI.

*Acusacion y juicio del filósofo Cleanto.
Noticias sobre Aristipo.*

TENIA yo permiso para visitar á Lastenia. A la mañana siguiente, me preguntó; como habia pasado la noche? — Paseandome, la respondí, por las orillas del Iliso. ¿Volveis allá hoy por la mañana? — No, Antenor, porque voy al Areopago. ¿Conoceis á Cleanto, el filósofo del Pórtico? pues ese está citado para dar cuenta de su conducta. — ¿Que me decis, Lastenia! ¿aquel personage sabio y